

Negrín. Al tratar de la composición de la Junta de Gobierno de la revista proyectada se pensó —no logro precisar si fue usted o yo quien propuso la idea— que estuviera constituida por tantos miembros mexicanos como españoles más un mexicano. Cuatro y cinco, pensábamos en un principio que fueran, y los cuatro españoles de la Junta de Cultura Española, naturalmente: además de los dos presentes, don Manuel Márquez y don Agustín Millares. Más tarde —en agosto— se decidió aumentar el número a cinco y seis y, para ampliar un poco el cuadro, propuso usted que el español fuera don Pedro Bosch Gimpera, llegado no hacía mucho a México, cosa que nos pareció excelente.

Continuando nuestras gestiones, los españoles escribimos una carta colectiva a don Juan Negrín, diciéndole que habíamos logrado promover la creación de una revista de la más alta calidad entre españoles y mexicanos y que convenía que nosotros pudiéramos contribuir sustancialmente a su financiación, pues de lo contrario acabaríamos pronto o tarde por sufrir las consecuencias de nuestra inferioridad económica.

En nuestras conversaciones a cuatro en las que —fuerza me es decirlo— siempre que no se trataba de asuntos económicos me tocó llevar la voz cantante, seguía firme mientras tanto la doble dirección de Ortiz de Montellano y de Larrea, al tiempo que se iban perfilando los caracteres distintivos de la publicación. Como don Juan Negrín ni contestó —una vez más, por cierto— a nuestro reclamo de asistencia, la aportación española, si poderosa en el orden cultural, se manifestó paupérrima en el económico. Redújose a una contribución de quinientos pesos del SERE, a otra semejante de la Junta de Cultura (abonada también por el Comité que dirigía el Dr. Puche) y a los enseres de ésta para cuando se tratara de montar una oficina.

A mediados de junio nos reunimos por fin en la Escuela de Economía un grupo de mexicanos y españoles —éstos de la Junta de Cultura más el Dr. Puche, si no recuerdo mal— con objeto de formalizar el proyecto de creación de la revista. Quizá quince días después fue cuando no me quedó otro remedio que apechugar con la situación de inferioridad creada por el silencio del Dr. Negrín. Comprendí también que los conceptos de Ortiz de Montellano, no bastante dinámicos, acabarían por crear conflictos en el seno de la organización. Había que aceptar la realidad tal como era. Por otra parte, convenía en el plano práctico reforzar la posición de usted ante las personas que le iban a surtir de fondos, vincularle a la revista lo más estrechamente a fin de que no perdiera usted el interés, así como impedir que algún intelectual de ideología académica fuera propuesto sin remedio para presidir el grupo mexicano. Fui yo quien sugirió entonces entre nosotros una nueva fórmula directiva que, independientemente de mis personales con-

veniencias, creo que fue mejor en la práctica de lo que hubiera sido la primera, y bastante feliz en lo que toca a la subsistencia de Cuadernos pues de otro modo es probable que no hubiera alcanzado tan larga vida. Propuse, pues, que fuera usted el director general y Bernardo y yo codirectores literarios adjuntos, redactores jefes, secretarios o como se quisiera llamarnos. La lucha fue larga porque nunca se prestó Ortiz de Montellano a aceptar otro puesto que no fuera el convenido de director mexicano, razón que acabó por distanciarle de Cuadernos.

Como León Felipe, por otra parte, nos dio a entender algo después por medio de una ausencia precipitada que no le apetecía pertenecer a la Junta de Gobierno, su vacante fue a mediados de julio cubierta por otro amigo muy cercano nuestro y compañero de la Junta de Cultura, Eugenio Imaz, quien desde entonces trabajó con entusiasmo en las tareas constitutivas, no sólo de la Junta de Gobierno, sino de las más eficaces del grupo de gestores o fuerzas vivas.

En adelante las cosas marcharon por caminos lentos pero seguros. El 7 de agosto se decidió el título de la revista y se le nombró a usted director. Nos tocó después estructurarla intrínseca y extrínsecamente. A primeros de septiembre se presentó el proyecto definitivo a la Junta de Gobierno que lo aceptó sin modificaciones. Se me nombró a mí secretario. Rentamos una oficina en la que me constituí a partir de noviembre mañana y tarde y se hizo lo preciso para que el primer número de Cuadernos fuera presentado en la cena del 30 de diciembre como una revista de tipo nuevo, original y de grandes pretensiones en el orden de la cultura. Nada quita que hubiera yo fracasado en mi intento de publicar un último número de España Peregrina para remitir a sus lectores a Cuadernos Americanos: éstos eran la legítima transfiguración de aquélla.

Ahora bien, no creo que nadie pueda discutirme con justicia la maternidad de la criatura puesto que todos los caracteres de esa su originalidad, tanto los externos como los internos, le llegaron por mi cauce.

Esos caracteres derivan de los siguientes principios:

Comprensión de la cultura como un todo orgánico, vivo y universal, no limitado a los problemas del conocimiento y de la creación artística, ni a las especializaciones fragmentarias, sino llamado, al tomar conciencia de sí mismo, e integrarse en síntesis, a entrar en operación creadora.

Inseparabilidad, por tanto, de los criterios científicos, históricos y artísticos de los problemas llamados políticos y de los sucesos históricos actuales que piden una comprensión dilucidada, objetiva y orgánica, adecuada a aquella razón de conjunto, y que exige del hombre ilustrado una inteligencia no diremos beligerante pero sí dinámica, creadora.

Insuficiencia patente de los valores antiguos y urgencia de estimular la creación de otros nuevos y más evolucionados, fomentando en esta dirección el sentido de responsabilidad de los intelectuales de nuestro mundo.

Creencia de que el continente americano está llamado a realizar los aportes de conciencia necesarios para infundir caracteres de mundo nuevo y distinto a ese todo cultural naciente, por ser propio de su destino dar cuerpo, al contacto con la universalidad, a una entidad diferenciada, a un hombre y a una cultura nuevos.

La participación española en ese proceso es elemento esencial porque corresponde a su contenido histórico, a la tendencia innata de su destino y al sentido de los acontecimientos actuales servir de puente entre mundo y mundo. De aquí que su participación en la empresa sea, no instrumental, sino sustantiva.

Los caracteres que derivan de estos principios son:

- la división de la revista en cuatro secciones con cuatro nombres poéticos distintos correspondientes a los cuatro grandes horizontes creadores en cuya confluencia está situada. Estructuralmente representa la unión de cuatro revistas complementarias, acordadas orgánicamente a la consecución de un solo fin.
- la importancia primordial dada, conforme a aquella índole viva, a los problemas del día que deben ser comprendidos, a ser posible, en función de una conciencia creadora universal.
- una orientación americana por sobre cualquier nacionalismo y sobre el europeísmo, con miras a la universalidad.
- el estudio del pasado a instancia del presente y ambos en función del porvenir, sirviéndose de la arqueología como medio para fundamentar el aspecto continental y americano de la empresa, así como para favorecer su difusión.
- ilustración gráfica intencionadamente poética con el designio de reforzar el texto y de estimular el ejercicio de la imaginación creadora.
- notas bibliográficas como medio para tocar indirectamente y con miras creadoras, los problemas complementarios más interesantes dentro de las posibilidades, desentendiéndose de la crítica corriente de libros.

Pues bien, todos estos caracteres, creo que sin excepción —es decir, salvo un título y medio que se deben a Imaz de los cuatro de las secciones, y el de la revista adelantado por don Alfonso Reyes— fueron aceptados a propuesta mía cuando no puestos en práctica directamente. Recuerdo que la aceptación de alguno de ellos, como el de consagrar una sección a los pro-